

Los cuentos de fin de Mes

CRISTINA

Ha llegado Cristina. En el tren correo de Barcelona.

Alta, con el pelo corto, vestida con cierta elegancia y con unas piernas muy bonitas, la he reconocido por sus ojos. Conserva aquellos ojos tristes de su niñez.

¡Cristina! La huérfana, arrimada a su hermanito, dos años mayor que ella, con un sentimentalismo irritante que me hizo cometer algunas maldades.

(Las arrastro por la vida atadas a la cadena de mis muchos remordimientos).

Tendrá ahora veintitrés años. Esta chica así, con estos ojos, con este pasado es un pozo de ternura. Si se casa con un sentimental se derritarán los dos en un fuego abrasador de renunciadas y cuidados.

Si se casa con el que admire su cuerpo, su pelo y sus piernas, sin fijarse en el valor dogmático de los ojos de Cristina, será un infeliz, empalagará al marido y se volcará sobre los hijos llenándolos de complejos y de pésima educación.

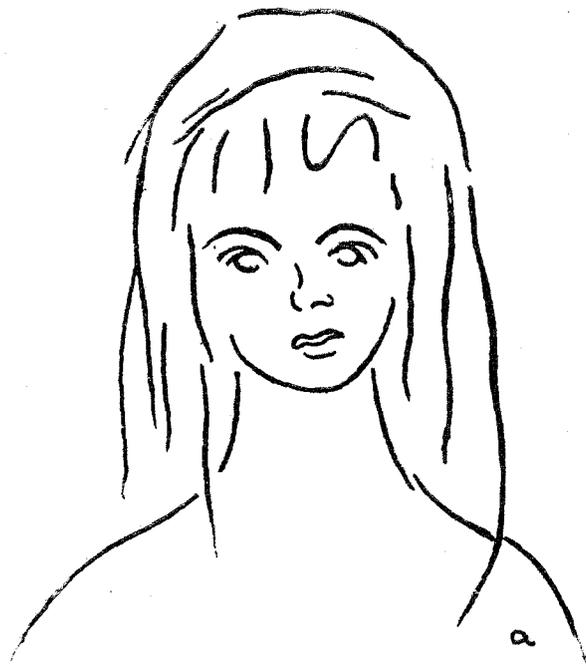
Tenía cuatro años cuando perdió a su padre. Su hermano, seis. Eran hijos de un minero larguirucho, flaco, con una eterna pipa en la boca; y de una mujercita insignificante que nunca hizo grandes cosas. Familia humilde iban ellos creciendo oprimidos por un ambiente familiar enclenque, tristón, que ya presagiaba el mal fin del padre y la dolencia cardíaca de la madre.

En un desprendimiento de tierras que no tuvo ninguna resonancia, murió el marido asfixiado. Con ojos abiertos y opacos de animal al que sorprende la muerte y con el signo humano de su eterna pipa entre los labios amoratados. La madre, se volvió a casar. Un cualquiera del pueblo, más feo que Picio, un cincuentón cansado de vivir solo y de andar como un pordiosero, la hizo pedir y ella lo aceptó, exactamente no se sabe porque.

Más tristeza sobre la casa con este extraño que, con peores cualidades que el padre, era, además, un intruso en el ambiente familiar.

Es en esta época cuando Cristina, arrimada a su hermanito, mostraba este sentimentalismo irritante que despertó en mi corazón un poso infecto de sadismo. Una reliquia atávica desconocida hasta entonces por mí.

Yo era mayor que el hermano. Un día no se que palabras tuve con él que se quedó mirándome de reojo. No supe a mis doce años no podía saberlo, si en su interior se había



formado un nudo de protestas que velaba el miedo que me tenía. Pero lo presentí, lo intuí, lo adiviné, porque Cristina, pura masa de sensibilidad cristalina, que andaba siempre alrededor de él, se le acercó más, se le arrimó, y le cogió suavemente por el brazo con un gesto mitad de ingenua protección, mitad de comprensión y de solidaridad con sus pensamientos.

Fue lo peor que pudo hacer. Esto me irritó sobremanera. Ahora puedo afirmar que aquello fue envidia, bestial envidia de un cariño que yo no inspiraba a nadie de esta manera. Acabaron llorando los dos y consolándose mutuamente. La hermana, como una leona, defendiendo al hermano. El como un hombre, defendiendo la débil mujer. Yo, mayor que ellos, riéndome de sus esfuerzos y pegando más fuerte cada vez, cegado por una irritación creciente.

Aquello no acabó así. En cuanto los veía, juntitos los dos tan buenos hermanos, tan cariñosos entre sí, reunía mis amigos y les decía: «Yo puedo hacer llorar a Cristina sin tocarla, sin mirarla y sin decirle nada». Me miraban todos asombrados. Se acercaban conmigo hasta el hermano y yo le cogía del brazo y se lo iba retorciendo, retorciendo, retorciendo, hasta que, a pesar de su voluntad de resistir y hasta de sonreír para no hacer llorar a su hermanita, se cerraban sus dientes y se contraían sus labios de dolor. Los lloros de Cristina embriagaban su corazón.

* * *

Sí, en efecto, estoy enamorado de Cristina. He soñado con ella en momentos de perversa sensualidad. ¿Es una convicción de que ella sabe querer sin tapujos ni engaños? No; no es esto ¿Es remordimiento? No. Es sadismo. Un sadismo vergonzoso que no puedo extirpar de mi corazón.

He cambiado mucho desde entonces. Se dominarme. Por esto no le diré nunca nada a Cristina; por esto la ignoraré todos los días de mi vida. Por esto tiemblo cuando ella me mira. Parece que me llama, que me suplica. ¿Es que esta chica necesita sufrir? ¿Es que el sufrimiento la devuelve a estos días de su infancia en que con su madre esperaban al minero de la pipa perenne en la boca? ¿Es que ha crecido así y hay en su alma un tremendo poso de masoquismo que necesita la chispa de aquellas lejanas crueldades mías?

Murió un día la madre de un ataque al corazón. Cristina y su hermanito fueron recogidos por unos parientes de la ciudad. Han pasado muchos años. Hoy ha llegado para pasar una temporada en la aldea.

Ha llegado Cristina y la he vuelto a reconocer por sus ojos

Antonio Miralles Manresa